

“La aventura de tres largos años”

Carolina Rojo

“La aventura de tres largos años”

Miguel nació un amanecer de 1883 en una modesta casa de labradores de Lupiñén (Hoya de Huesca), María tras una noche de contracciones y dolores daba a luz, la exhausta madre lloraba de felicidad mientras el padre los contemplaba emocionado; entretanto, el reloj de la parroquia marcaba las ocho y el sol salía por oriente. Miguel, desde la niñez, se distinguió por sus grandes ojos azules y el cabello rubio ligeramente ondulado. A los nueve años ya trabajaba de aprendiz de zapatero, cumplidos los trece la familia se fue a vivir al cercano pueblo de Montmesa donde no tardó tiempo en establecerse por su cuenta. En esta localidad conoció a dos primas; Orosia, de enigmáticos ojos verdes y elegante figura, y Julia, morena de ojos negros y vitalidad a raudales. En el grupo de amigos tuvieron muchos pretendientes que las cortejaban, pero la una y la otra desde el principio se sintieron atraídas por el zapatero.

El mes anterior a la celebración de las fiestas, Miguel recibió una carta del Ejército de Tierra para que se personara el 20 de noviembre en el Cuartel de Caballería Conde Ansúnez de Valladolid; aunque la esperaba, cierto es que no le hizo ninguna gracia: «¡¡Tres años es demasiado tiempo!!», decía. Pronto dieron comienzo las fiestas y las primas acudieron a las verbenas con sus más atractivos trajes; después, baile tras baile, las dos percibieron los requiebros de él. Cuando terminó la velada la primera noche y después de acompañar a Julia a su casa, el muchacho y Orosia anduvieron hablando, querían estar a solas. El segundo día, él y Julia mientras bailaban un suave bolero quedaron en verse a una hora determinada.

Y llegó el día de su partida para cumplir con la obligación del Servicio Militar, Miguel y su familia fueron a la estación con media hora de antelación, Julia y Orosia llegaron a continuación. Mientras la madre repasaba con esmero el contenido del macuto un tren de mercancías pasó de largo —*veinticico vagones*—, contó el padre. El correo hizo su entrada en Montmesa con un cuarto de hora de retraso; Miguel, seguidamente, besó con emoción a su familia y a sus mejores amigas; tras situar el equipaje se asomó por la ventanilla para despedirse con un sentido «*adiós*». Con unos fuertes pitidos partió el tren, y las jóvenes corrieron por el andén alzando los brazos hasta que lo perdieron de vista.

Cuando llegó a Valladolid se agrupó con otros futuros soldados y juntos se dirigieron al cuartel. Miguel, terminada la instrucción, enseguida hizo valer su oficio de zapatero. Los sábados por la tarde había baile en un chiringuito cercano, allí conoció a Martina (hija del sargento); la joven rápidamente comentó a su madre (que sufría de los pies), que conocía a un soldado que hacía los zapatos a la medida. El siguiente lunes le tomaba medidas el zapatero. La mujer del sargento quedó tan complacida que corrió la voz; y al zapatero le llovieron encargos de oficiales, suboficiales y hasta de sus señoras; estas últimas, difundieron el atractivo físico del soldado. Una mañana, la mujer de un capitán que se presentó con el nombre de Carmen, después de explicarle el modelo que deseaba, ¡Con qué desparpajo descalzó sus cristalinos pies plantándolos sin dilación sobre un papel de estraza que el soldado puso en el suelo! Algo tuvo que complacer a D^a Carmen cuando el apuesto joven, delicadamente, le tomó medidas, porque se fue con esta insinuación: «*El sábado, a las seis de la tarde, ven a mi casa*», anduvo un trecho, giró con garbo su espléndida figura y... exclamó con gracejo: «*¡Te espero!!*». Impecablemente aseado, a la hora señalada por D^a Carmen, el joven pulsó el timbre de la vivienda.

Como no sabían nada de Miguel, sus padres acudieron a Orosia para que les escribiera una carta a su hijo; la joven, muy sensata, avisó a Julia por si quería ponerle algo. El día que recibió el correo como de lectura iba escaso buscó a Martina para que se la leyera; sentados en un banco, a la vez que oía la voz de su amiga: «*Fue recordando el respeto que sentía hacia sus padres, sus palabras de ánimo ahora escritas sobre una hoja de papel por las finas manos de Orosia, y por la gracia de Julia al final de la carta: ¡Vente ya, corazón de corazones!!*». Luego, callejeando, Martina se ofreció a enseñarle a escribir y Miguel aceptó la proposición. Fueron tantas las veces que rozaron sus desiguales manos que acabaron por enredarse en un complaciente devaneo. Las últimas cartas las echó en Correos poco después de saber el día que se licenciaba, en ellas anunciaba a su gente día y hora de llegada a Montmesa.

Miguel dispuso de algo más de un mes para entregar los últimos encargos y con ligereza se esforzó en dejar satisfechos a todos aquellos que habían confiado en él. A su término, entre otras cosas, se dedicó a comunicar que se licenciaba, a la joven que le había enseñado a escribir, y a la jovial señora del capitán. Una espléndida mañana de domingo anunció a Martina el día indicado y ella cuando recibió la noticia... con una gota de esperanza le preguntó: «*¿Y tú, qué vas a hacer?*». «*Me esperan en el pueblo, lo deberías saber, ¿no lo suponías?*», puntualizó el joven. La chica le miró a los ojos con tristeza... y cogidos de la mano anduvieron hasta el parque. La exuberante mujer del capitán, que le doblaba la edad, se enteró cuando el día anterior a su marcha se acercó a su vivienda para despedirse.

Licenciado, Miguel subió al correo que le llevaría a Montmesa y tomó asiento junto a la ventanilla. Al anochecer, lejos de Valladolid, percibió el traqueteo rítmico del ferrocarril y cómo el vapor blanquecino expulsado por la locomotora resbalaba por los cristales. Preocupado por la encrucijada en la que estaba metido y alumbrado por una débil luz transitó el pasillo sin saber por cual de las primas decidirse. En la estación de Zaragoza bajó a comer algo, la cantina se llenó de gente. De vuelta al tren, harto de tanto cavilar, se encomendó a Dios una vez más para que le *«quitara de en medio»* a una de ellas. Hacia el final del trayecto cogió los bártulos y se plantó en la puerta al tiempo que el correo entraba en Montmesa, en un santiamén Miguel vió a Julia agitando las manos. En la estación besó a sus padres y abrazó a la joven; entonces ella empezó a llorar. En ese momento las campanas de la Iglesia de San Miguel comenzaron a sonar lentamente, y el joven preguntó a Julia: *«¿Quién ha muerto?»*, ella contestó: *«Orosia, ayer por la mañana murió en una recaída de la pulmonía que padecía»*. Miguel se conmovió, y todos ellos se unieron al funeral. Esa noche, entre sábanas de algodón, imaginó a Julia junto a él. A veces, se decía: *«¡Tres años es demasiado tiempo!!»*.

Carolina Rojo